





EL LLANTO DEL VAMPIRO



Mauro Alejandro Carrasco

EL LLANTO DEL
VAMPIRO



Primera edición: abril de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Mauro Alejandro Carrasco

ISBN: 978-84-17362-18-8

ISBN digital: 978-84-17362-19-5

Depósito legal: M-4545-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





I

En una ciudad que podría confundirse con cualquier otra, en un parque tranquilo igual a muchos, durante la hora del crepúsculo, suele repetirse una escena tan normal que los vecinos del lugar se preocupaban un poco cuando no ocurría, pero no se dejen engañar por mis palabras. Decir que era un fenómeno extravagante, lúgubre o aterrador sería una completa exageración de mi parte, en realidad solo se trataba de algo sumamente común que se repetía con demasiada casualidad por tan largo tiempo que se había vuelto tan habitual como la llegada del sol, especialmente para la gente cercana que miraba a través de los ventanales de una cafetería cuyo nombre resultaba igualmente común, como el nombre de una mujer famosa. Todos sabían de ella, pues lucía anclada en el tiempo; mesas, uniformes, decorado, señas inequívocas que marcaban una fecha distante desde su fundación; sin embargo, el establecimiento no era desagradable, todo lo contrario, tenía un ambiente cálido y fraternal que atraía, haciendo uso de cierto encanto que se olvidó con los años, en especial para aquellos amantes de la nostalgia, un vasto número de clientes habituales que buscaban aferrarse al vestigio de una época considerada mejor ante el duro momento presente.

Aquel lugar se ubicaba frente a un ancho camino de concreto por donde solo pasaban peatones, pero se conectaba con la calle principal de esta ciudad varias cuadras después, marcando el final del gran parque que coronaba la localidad y dejando ver un espléndido paisaje, atrayendo varios artistas interesados en plasmar en lienzos los juegos de luz surgidos durante los atardeceres; así mismo, los niños más pequeños no eran indiferentes al lugar, pues ese bosque resultaba perfecto para vivir alguna aventura entre juegos, ramas y rocas, además se encontraba a la falda de una colina, pero en la cima se hallaba una capilla abandonada

cuya silueta imponente se encontraba atada a muchas leyendas sumamente oscuras; sucesos terribles, tragedias que deseaban permanecer en silencio, evitando asustar a la tranquila gente del lugar con recuerdos abominables, razón por la cual no era tocada en conversación alguna, excepto al momento de hacer alguna advertencia. Las personas no pasaban del parque, frente a este se podían apreciar unos grandes árboles de coníferas que servían de marco, formando una escena de calma tan agradable de ver, un deleite que, si lo deseabas, solo necesitabas descansar un momento los pies en las bancas ubicadas en la pétreo senda. Así mismo, contaba con algunas mesas de cemento, generalmente aprovechadas por ancianos que pertenecían a un asilo cercano el cual, por la poca distancia, les permitía salir a platicar al aire libre y rememorar sus viejas andanzas, los llamados «buenos tiempos», mientras llevaban a cabo la que podría ser su última partida del juego que hubieran elegido. Cuando el sol declinaba su posición en la cúspide celestial, se marcaba el momento de la partida, las personas comenzaban a dejar el lugar vacío, movidos por un sentimiento que cualquier forastero desconocería, y al preguntarles sus razones para tan súbito movimiento sobaban respuestas, no obstante, poco variaban: algunos alegaban tener obligaciones, otros compromisos y los demás ni se detenían a dar respuestas. Pasado un tiempo del mediodía, eran contadas las gentes transitando el paraje, o por lo menos hasta que la fábrica cercana dejara libre a sus empleados que marchaban cansados después de una larga y tortuosa jornada laboral. Muchos se detenían por un café en la cafetería, otros seguían adelante evitando girar su vista al templo abandonado; unos pocos se refugiaban en una gran cantina algo polvoriento, la más vieja y famosa de la localidad. Se mantenía abierta por una fuerza casi desconocida, la terquedad de su dueño que parecía rosar en cierta demencia pasiva, única razón para no hallarlo metido en un manicomio, destacaba por su habilidad para preparar exquisitos tragos.

Aquel paraje alguna vez fue un pasillo comercial con varios locales sumamente atractivos e innovadores; desafortunadamente, por culpa de las malas administraciones y peores gobiernos, quebraron en su mayoría, solo algunos pocos quedaron, mientras otros daban paso a diferentes servicios traídos por nuevos comerciantes.

Volviendo al singular crepúsculo, una vez acabadas las marchas o cuando los pocos clientes se situaban en sus lugares acostumbrados formando así un cuadro común donde la luz del sol menguaba en el horizonte, nadie llegaba a ser divisado a lo lejos, dando la apariencia de una calle fantasma, perfecta para un encuentro macabro. Tal sentir duraba hasta que al final del sendero aparecía un hombre vestido de traje elegante en color gris, usando un bombín, siempre con una gabardina negra; su rostro mantenía un semblante tranquilo, carente de edad definible, pero adulto, sin lugar a dudas. Muchos lo miraban con detenimiento en silencio sepulcral, de no ser por la música emanada de la radio. Los más observadores decían recordarle a un caballero de antaño, de esos que llevaban pintorescos ramos de flores cuando pretendían una dama, usando vistosos relojes atados a su saco mediante cadenas elegantes; sin duda, muchos extrañados, pues resultaba una figura llegada de lejanos tiempos. Siempre en su mano izquierda traía consigo lo que parecía un diario, caminaba tranquilamente, como si fuera una sombra ajena al entorno. Momentos después se sentaba en una banca y se acomodaba para estar a gusto ya que, en ocasiones, la gabardina quedaba doblada por un lado, especialmente cuando hacía calor. Pasaba lo mismo con el sombrero al soplar fuertes vientos, luego seguía la rutina sacando una pluma muy vieja y tinta que guardaba en un frasco de vidrio tallado. Al tener todo listo, comenzaba a escribir en su libro como los escritores de antaño, y así se quedaba atrapado fuera del tiempo, rodeado de ideas, incluso en ensoñaciones ajenas a este mundo, tan adentrado en ellas que nada parecía importarle o nadie podría distraerlo. En su momento los faros se encendían, cuando la luz del día solo era un recuerdo devorado por las sombras reinantes de la noche; sin embargo, el misterioso sujeto seguía sentado. Aquellos que le prestaban suficiente atención siempre estaban tranquilos.

Entre los pueblerinos se oía un rumor sobre ese enigmático hombre, decían que era una fuerza supernatural relacionada con la calma, incluso al retirarse le dedicaban un saludo cordial que respondía en silencio con una seña o sonrisa agradable. Nunca emitía sonido alguno, siendo este detonante de rumores en torno a él, la gente cuestionaba sus apariciones e imaginaban identidades temibles del misterioso caballero, entre ellas, la de un espectro de algún escritor que abandonó

este mundo en agonía por haber fracasado en la vida o perderlo todo, o por lo menos eso decían algunos; otros creían y alegaban que fue un enamorado pretendiente, deseoso de entregar su amor a través de una carta, sin embargo, al ser pobre, el adinerado padre de la joven lo sacó de la jugada para que dejara de molestar. Tras aquellos disparates las risas de los demás presentes llegaron a ser tan sonoras que se volvían ensordecedoras, pues los dueños o meseras más de una vez replicaron contando historias en las cuales vieron cómo entraba con su tranquilo andar al establecimiento, momentos antes de que la calma fuese interrumpida a causa de fuertes vendavales o tormentas atroces. Por si fuera poco, algo tenían para reconocerse, pues en aquellas ocasiones pidió solo un café que nunca bebió, permaneció tranquilo en una mesa de un rincón, apartado de las luces que apenas lo alcanzaban, hecho que no importaba mucho, pues el local habría 24 horas y lo más preocupante era que nadie nunca lo vio salir. Eso sí, les aclaró que había pagado por adelantado, ¿qué misterios ocultaba? Era la pregunta que todos se hacían al verlo, pero nadie se atrevía a decirlo, pues parecía cubierto por un velo intimidatorio de soledad y quietud.

¿Quién podía ser aquel extraño silencioso? Ese hombre que siempre avanzaba con pasos tranquilos, como si el tiempo fuera algo superfluo e inherente a su existencia, pero que cuya presencia se hacía acompañar de un aire de calma y seguridad. Fueron las dudas que giraban en torno a él, hasta que una noche su ciclo cambió.

«Soy un Hijo de la Noche»

«Cómo poder presentarme de manera que tanto tú como yo estemos conformes, pues al conocer un poco de aquellos peligros situados alrededor mío seguramente creerás que estoy tratando de burlarme de ti con un juego enfermizo cuyo único fin es insultar una inteligencia presuntuosa, ¿si sabes a lo que me refiero? Mientras, por mi parte, solo te veré como lo que eres frente a mis ojos, un niño ignorante incapaz de reconocer los terribles secretos y verdades ocultos más allá de tu limitado saber, pues largo ha sido el camino hasta llegar a este lugar, senda temible supongo. No tengo opción más que de compartirla con todos ustedes».

Aquella noche la escena se repitió como siempre desde hace tanto tiempo que pocos recordaban cuándo inició. El misterioso caballero se

sentó donde acostumbraba, en una banca del parque bajo un enorme roble. Todos sabían que permanecería ahí hasta muy entrada la noche para luego retirarse tan fugaz como la brisa nocturna, dejando la duda de si realmente existía o solo era una proyección de la imaginación latente en nosotros. Sin embargo, antes de que dieran las doce campanadas, desde el otro extremo de la senda apareció una figura tan etérea como el caballero: usaba un abrigo de cuerpo completo, incluso llevaba una capucha cuya sombra ocultaba su rostro y que con su presencia anunciaba la tempestad, ¡caos!, pues parecía que una tormenta nacida del vacío la perseguía. Por un momento creímos ver al hombre guardar su diario para escapar de la lluvia, pero se quedó quieto hasta que ambos se encontraron de frente a no más de unos pasos de distancia. Un silencio los acompañó. Gruesos nubarrones los rodearon para continuar su trabajo, inundando el ambiente por medio de gotas que creaban un cuadro nostálgico para dicho encuentro. Después, como si ambos leyeran sus mentes, comenzaron a caminar directo al único lugar cercano en que podrían resguardarse del enigmático clima.

«Tengo mis dudas sobre tu identidad, estoy seguro de que no me la quieres revelar. No te presionaré. Tendrás razones poderosas, no lo dudo. Algo me dice, muy dentro de mí, que por fin ha llegado el momento esperado. Supongo que debo darte explicaciones, pues te has tomado muchas molestias para nuestro reencuentro, ¿o me equivoco? Tu silencio me lo dice todo, puede que no te interese mucho, sin embargo, lo necesitas, ¿verdad? Develaré mis secretos, pues sé que en cierta forma ante ti no los poseo, pero necesitas oírlos nuevamente para confirmar algunas cosas».

La figura encapotada hizo en ese momento una seña a la camarera. Ambos pidieron café de olla, el cual no tardó en servirse, dejando a su alrededor el regocijante calor, al igual que cierto aroma propio de esta deliciosa bebida. Aquel extraño de abrigo no se aplazó en tomar un poco, dando una señal entre los dos que ninguno de los presentes pudo comprender.

«Duncan fue el nombre que me dieron mis padres. Es una lástima que ya no recuerde sus rostros o sus voces. En este momento solo son figuras opacas, ¡sombras!, ligadas íntimamente conmigo, atrapadas en el olvido que llamo pasado. Mi madre, ¡vaya mujer!, era demasiado severa,

incluso estricta, envenenada por sus ideales, mientras por su parte aquel hombre a quien llamé padre se comportaba de manera honesta, apasionado del trabajo, solía perderse en sus responsabilidades, aunque poco afines, no fueron malos. Ambos trataron de sacarme adelante según las ideas vigentes en ese momento, yo les correspondí con mi mejor esfuerzo, estudiando arduamente todos los días para llenarlos de orgullo. Puede que suene extraño, pero las cosas eran muy diferentes en aquella época llena de ideales arcaicos. Según las lenguas actuales que siguen pensamientos modernos supuestamente progresistas, no me dejarás mentir, pues eso pretenden manejar, no obstante, según mi punto de vista carecen de clase o siquiera sentido, incluso me atrevo con un placer mordaz a recordarles su olvidada humanidad, una de las mejores cualidades de los suyos, que demonios sin alma los obligan a ignorar en aras del progreso, ¡ridículo!».

En ese momento sorbió un poco de café, con prisa desconocida, saboreó la mezcla y regresó la tasa a su sitio con una gracia y un porte desconocidos en el lugar, causando extrañeza en los demás comensales que, al ver su algarabía, no pudieron más que prestarle la atención debida. Sin embargo, Duncan, ajeno a las miradas, pareció ver una reacción inusual en su misterioso acompañante.

«¿Te sorprende que tome café? ¿Desde cuándo que no nos hemos visto? Más de lo que quieres admitir, me voy haciendo una idea de quién eres. No obstante, creo que por el momento lo pasaré por alto y continuaré mi narración, solo que con un poco de nostalgia gracias a esta bebida, pues debo reconocer que estaba tomándola el día en que todo cambió. Era el año de mi graduación, el fin de una gran etapa de mi vida que terminaba gloriosa, continuando con una llena de esperanzas y sueños mejores. Mis días como estudiante me llenaron animosamente para el futuro, pues he de reconocer algo imprescindible: había conseguido como amigos a múltiples hombres de prestigio e influencia, lo cual me abriría las puertas a círculos de la sociedad más exclusivos. Mi padre, un honrado licenciado, no tuvo tanto éxito, pero nunca le faltó el reconocimiento o agradecimiento de sus clientes, solo que la frustración por no haber alcanzado mejores condiciones para su familia era una constante causa de malestares. Ahora bien, yo decidí estudiar algo diferente que, si bien no les hizo gracia, tampoco les molestó. La noble carrera de me-

dicina nunca es minimizada, además, con los contactos conseguidos por mi progenitor, estaba seguro de que superaría varias de las muchas críticas recibidas de mujeres que se hacían llamar amigas, habladurías que fueron ganadas principalmente al evitar seguir los pasos que me llevarían a ser un licenciado; además de esto, gracias al esfuerzo constante y al buen desempeño en las prácticas, sin contar el carisma nato que demostraba en todo momento; fui consiguiendo el aprecio de los catedráticos, los cuales me apoyaron fuera de la institución donde estudiaba. Por si eso no fuera poco, siempre decían maravillas de mí. Esto me recuerda que los compañeros con los que llegué a disfrutar de algunas copas solían acudir a mí buscando consejo, en cierta forma me volví una especie de autoridad no oficial. Aún más importante, atraje la atención de personas que subirían mi estatus, por lo que atraje las miradas de jóvenes señoritas en edad casadera buscando mi afecto. Era todo un personaje, pero qué graciosa es la vida, siempre tentándote con aquello que no puedes tener, me explico, ¡no te enfades!, pues poco hace falta. En ese entonces, mi mayor anhelo era conquistar el corazón de una bella dama cuyo recuerdo no me abandonaba, haciéndome compañía en las heladas noches de invierno. Una hermosa joven de tez pálida como porcelana fina, larga cabellera, tan negra que envidiaría la noche más oscura, sus ojos color verde esmeralda que parecían brillar con luz propia, de fino talle grácil, igual a las hojas llevadas por el viento de otoño. Cuán melosas son las palabras que digo, ¿no crees? Recuerdo una vez que degustaba algunos platillos en cierto restaurante cuya memoria ya no existe. La vi cenar con su familia. Como tenía un poco más de dinero en ese momento, decidí llevar a cabo una acción un tanto osada para la época, a fin de cuentas, tenía entendido que era su cumpleaños, por lo que le pedí al mesero que le entregase una rosa de manera anónima, quería revelarme triunfal, momentos después, pero por desgracia, lejos de verse halagada, le dedicó una mirada carente de toda emoción. Luego procedió a tirar la flor como si no valiera nada, pues ella era hermosa al igual que fría, no por nada le llegaron a llamar La Reina de Hielo, sobrenombre encontrado gracias a cierto cuento infantil. Testarudo en ese entonces, el reto indómito obligaba a mi espíritu aventurero a no rendirme, aunque muchos camaradas me decían que dejara el asunto por la paz, sin embargo, la derrota nunca formó parte de mi vocabulario; estaba decidido, ella sería mía.

Como cambian las cosas, en ocasiones objetivos que veía inalcanzables e imprescindibles para tu vida pierden importancia o valor una vez pasado el tiempo o reflexionas las situaciones con calma, ahora tengo una eternidad por delante. Todo eso me parece un sueño tan hermoso como lejano, ¡no! Estoy mintiendo con lo que gira en torno a la Srta. Grace, ella solo fue una ilusión vacía, anclada fuertemente en mi corazón, pero abandonada en lo más profundo de mi memoria, a un paso de caer en el olvido eterno.

La noche de mi graduación se había organizado una gran fiesta, todos habíamos puesto de nuestra parte para hacer un evento cuyo recuerdo fuera eterno en nuestros corazones. El salón era enorme, hecho de mármol blanco y adornado elegantemente. Mis amigas hicieron un gran trabajo decorando, aunque no alcanzo a mentalizar claramente los detalles, pero debo reconocer que aún puedo saborear el vino que sirvieron; la música que tocó la banda sigue en mi cabeza, los bailes traen de esas frías tumbas a este muerto corazón las compañías frecuentadas; dos grandes amores, si mal no estoy, sus nombres fueron Josefín y Carolan, tan queridas por mí, cómo no podría decirlo. Hace unas noches coloqué un par de flores en cada tumba, aunque sus inscripciones ya no se alcanzan a leer además, al hacerlo, el miedo invadió a los vigilantes pues el horario en que se me permite visitar a esos “amigos” sorprende al propiciar comentarios como: “eso no estaba ahí antes, te juro por mi madre que vi algo moverse allá”; asustar incrédulos se vuelve un gusto que seguramente muchos no entenderían, a menos que se hallen en mi lugar lo cual, como sabes, puede parecer un placer único en su tipo, pero déjame aclararte algo importante, esta es una maldición cruel, horrible y abominable; me encierra a esta pútrida tierra, exiliándome en las sombras, igual a cualquier miserable alimaña, necesitando convocar fuerzas infrahumanas para no caer en la locura acarreada por la soledad, pues entre los otros entes de oscuridad no hay más que banalidad o guerra, mientras que en aquellos donde florece con gozo lo que llamamos “aliento vital”, se van volviendo con el lento pasar de los años cosas no muy diferentes al ganado, atrapados en ridículas rutinas, deseos insulsos, pasiones bajas, motivados por trivialidades que pierden todo valor o sentido cuando se les va terminando el tiempo, momento en el cual se llenan de frustraciones al percatarse de su mortalidad irrevocable y absoluta, a menos

que pruebes el beso de la inmortalidad, ¡vaya suerte presentada!, pues te seducirá con tiernas promesas de poder tal cual joven inocente virgen. Luego, al saborearla, te das cuenta de la anciana bruja diabólica experta en seducción, ¡caíste en su trampa como el rey de los tontos! Ahora estarás atrapado en la tortura infinita que esto representa».

Un movimiento de dedos detuvo la narración, el acompañante de Duncan hacía muestra inequívoca de su mal humor, aunque era difícil de ver a causa de las largas mangas que le cubrían toda la mano. Ante tal situación, el hombre se calló para sorber su café antes de liberar un suspiro tan largo como sonoro, que parecía que sacaría todo el aire de su interior.

«Te molestan mis palabras, ¿no es así? ¿Por qué será? ¿Acaso es parte de tu cruda realidad? Responsabilidad mía, o podría sonarte a los gimoteos de un niño mal educado, pero te puedo decir con toda sinceridad que este camino nunca estuvo ni en mis más alocadas visiones del mañana. Retomaré el punto de la fiesta, ¡vaya porte tan elegante llevé conmigo! Tristemente, los trajes de hoy en día carecen de esa elegancia clásica, además bailé con una gracia desconocida, muchas invitadas no se resistieron a una pieza conmigo y ya a la media noche toda mujer había danzado con tu seguro servidor. El ambiente estaba en su apogeo total; después de unas copas debo admitir que no me molestaba probar suerte con Josefín, pues a mis ojos siempre fue muy hermosa, una de esas jóvenes de fino talle, piel muy clara, cabello rubio algo rojizo que le caía graciosamente sobre los hombros, ojos verde claro, nunca le faltaron pretendientes, aunque estaba claro que pocos serían dignos de estar a su lado, pues su carácter era reconocido. ¡Una fierecilla indomable!, con quien tenía cierta atracción que, de no haber ocurrido nada esa noche, se hubiera vuelto pasión.

Esa vida, la suerte o el mundo, no sé a qué atribuirle aquellos sucesos que a continuación narraré. Ciertamente, mi existencia dio un giro imprevisto más allá de las terribles alucinaciones o pesadillas imaginables; para mi desgracia, me alcanzó una maldición que nunca me abandonará. Estaba tomando una copa de vodka, pues quería valor para cruzar espadas con la dama ya mencionada. Listo para abandonar una ilusión como Grace y avanzar al futuro con una compañera con la que, tenía la seguridad, nacería una pasión sin límites, que enfrentaría los problemas

conmigo, que no se retractaría de sus decisiones, pero aceptaría cuando cometería errores, aunque eso último nunca lo dijera abiertamente, me preparaba para dar ese gran paso cuando fui abordado muy fraternal por una figura inolvidable. Esto último no lo digo como algo bueno, a pesar de su imagen sublime, en él radiaba un encanto extraño, desconocido para cualquiera; expelía una sensación excitante jamás resentida por nadie, una sonrisa cautivadora que a la vez te advertía de un peligro inminente, esa mirada seductora también era la de un predador buscando a su presa. En este caso yo. Se trataba de un hombre alto de figura atlética usando uno de los mejores trajes nunca vistos, de un negro lustroso como no recordaba, su cabello relamido para atrás de un rubio tan claro, casi blanco; de su boca comenzaron a brotar dulces palabras que, no te mentiré, sentí que tocaban mi alma, aunque se perdían en el aire; los sentidos se dormían ante semejante presencia, la cual acortaba distancia conmigo a cada segundo. ¿Qué ocurría? Porque nadie se daba cuenta de él, todos parecían atrapados en un tiempo distante moviéndose en un ritmo irregular, ¡yo no deseaba lo que fuese ofrecido por este bastardo!, o eso llegué a razonar, aún me cuestiono cómo logré en ese instante defenderme, reuní mis fuerzas para contrarrestar su atracción, logrando impactar un golpe en su cara. Este se alejó tan abruptamente que dejó en mi cuerpo una sensación enfermiza. El reloj parecía continuar su andar habitual, todo parecía un mal sueño, sin embargo, algo raro estaba sucedido, mis camaradas se dieron cuenta pues no tardaron en ponerse a mi lado buscando apoyarme. Les dije que un mal nacido trató de propasarse conmigo, en esa época era muy mal visto así que, lejos de bromear, se pusieron alerta buscando al tipo, claro está que no tuvieron suerte alguna. Entre ellos se apreciaba Josefín que lucía especialmente furiosa buscando con la mirada; Carolan se quedó acompañándome, se encontraba muy afligida por mí, cosa que me confundió un poco, pues nunca pensé que ella pudiera desear algo más allá de mi amistad. La conocí cuando era pretendida por un acaudalado caballero, un tanto entrado en años, de carácter áspero y modales toscos; muy común para la época donde los matrimonios con diferencia de edades marcadas no resultaban raros, sin embargo, este caso contaba con una brecha entre ambos tan grande que, a días de la boda, el novio murió de una enfermedad temible. Por otra parte, en estos momentos resultaría hilarante saberlo, el mundo en-

loquece a cada segundo, ha cambiado tanto, ¡casi no puedo reconocerlo! Yo soy el mismo, por lo menos en apariencia, el caso es que las actitudes tiernas en las cuales se mostraban intereses por los hombres por parte de señoritas, jóvenes damas que debían mantener cierta compostura, eran señales potentes para ser romántico, aunque no podía empezar la galantería en ese instante. Me fui a los tocadores para lavar mi cara, pero lejos de sentirme un poco mejor, terminé devolviendo el estómago, tosi con demasiada fuerza mientras mis ojos no dejaban de llorar copiosamente, sudaba demasiado, me faltaba el aire. Aquel encuentro había sido anormal, algo tenía ese hombre que nadie más. ¡Resultaba sumamente peligroso! El festejo se reanudó, sin embargo, no duramos mucho, pensamos que andaban mal las cosas. Una esencia mortal y helada podía sentirse en el aire a nuestro alrededor, esa hora resultaba peligrosa para seguir afuera, pues los bandidos acechaban desde las sombras de los caminos abandonados. Llevé a Carolan a su residencia, montamos el mismo corcel, es que ella era tan pequeña que no significaba ningún problema. Un momento, no pienses mal. Ciertamente dije que no era grande, pero me refiero a su estatura, pues se trataba de toda una mujer; de hecho, sus formas resultaban más pronunciadas que las de Josefin. Pese a todo, la llevé a su casa con sumo cuidado, evitando lugares oscuros, aunque no faltó que nos topáramos con un oficial que nos detuvo a causa de la hora tan inapropiada. Afortunadamente, aceptó las razones que nos orillaban a estar fuera, incluso le mencioné el incidente sucedido durante la celebración; tomó nota respondiendo que revisaría los alrededores. Llevaba una lámpara en mano, así como un revolver en el cinturón, buscaría a tan osado cretino para darle su merecido. Tras sus palabras se retiró, al igual que nosotros. Dejé a Carolan en su casa y en agradecimiento depositó un tierno beso en mi mejilla, uno de esos tan dulces que de cierta forma podría incendiar la pasión.

A la mañana siguiente me disponía a empezar mis futuros negocios al localizar un buen sitio donde ubicar mi consultorio médico. Estaba tentado por adquirir una antigua bodega que se hallaba frente a la plaza principal, lugar ideal para que todos me vieran, sin embargo, por prudencia, revisé el periódico. No pude leer más de dos artículos cuando Josefin llegó presurosa de visita, se veía agitada, además de bastante blanca. Cabe mencionar, ella era de tez muy clara, y en cuanto me vio se

aferró fuerte a mi pecho, no pude evitarlo, pero estando abrazados, su aroma a flores me invadió cautivadoramente. Se soltó llorando y, entre lágrimas, dijo palabras que helaron mi sangre: un oficial había sido asesinado, su cuerpo terminó clavado a un sauce con estacas, una escena atroz. Si me permites hacer mención (lo peor estaba por venir), cuando nos describió a la víctima pude reconocer en sus rasgos al mismo hombre que me encontré la noche anterior. ¡Qué destino tan terrible!, no me cabía la menor duda, ¡fue atacado por el extraño que vi en la fiesta!

Por deber cívico, no dudé en ir a revisar el caso. Los policías me preguntaron sobre lo ocurrido y mis respuestas claras, al igual que sinceras, fueron agradecidas en todo momento. Josefin se mantuvo a mi lado, ¡vaya día! Estuve muy ocupado como para llevar a cabo la búsqueda de mi futuro consultorio, pero me acercó más a tan bella dama con quien pude disfrutar momentos inolvidables; esto tendré que explicarlo mejor: en un pequeño restaurante donde solía pasar veladas muy agradables, fui reconocido por Grace, quien se hallaba junto a su funesta hermana. Puedo asegurártelo, no le hizo ni la más ínfima gracia el verme a lado de otra, me atrevería a decir que se veía celosa y, por si fuera poco, mi acompañante, al darse cuenta de la situación, no dudó en comportarse afectuosa y cálida. En una suerte de sonrisas acompañadas de palabras melosas, comprendí su juego casi de inmediato, cosa que me agradó lo suficiente como para seguir; no daré muchas vueltas al asunto, estoy seguro de que no te interesa, pero en mi caso revive sensaciones profundas y calma el dolor que hay en mí. Después de ese evento, al día siguiente, a primera hora del amanecer, llegó el padre de Grace, creo que podríamos llamarlo un terrateniente en claro disgusto, gente como esa siempre hay, ni te imaginas cuán memorable es el instante en que hieres su pobre orgullo. Entre frases rebuscadas consideró mi actuación con Josefin, a quien llamó mujer de la vida alegre. Impropia para alguien que siquiera pretendiera salir con su hija, ¡rayos!, no le dejé terminar, faltarle el respeto a una amiga tan especial por un pomposo sobrevalorado resultaba algo imperdonable para mí, así que nos agarramos a golpes y, tal vez por presumir, diré que le dejé un ojo morado, además de tumbarle una muela que no creo le haga falta en esa sucia boca suya. Este accidente se volvió de conocimiento público, lo que me causó algunos problemas, en especial al querer instalarme como médico debido en gran medida a que

el viejo habló pestes de mí entre sus conocidos que comenzaron a obstaculizarme; después me enteré de algo sumamente interesante: estaba muy enojado, pues quería que ¡cierto médico! desposara a su hija para alejarla de un vividor de la peor reputación, el cual deseaba prosperar con el dinero de otros. Por fortuna, yo también tenía mis influencias, por lo que logré ubicarme en la calle principal al lado de la jefatura de policías, quienes no dudaban en buscar mis servicios. Todo pintaba bien, durante esos días me fui acercando a mis amigas y formamos un triángulo amoroso que era la comidilla de las viejas chismosas, sin embargo, a pesar de quererlo dejar atrás, el incidente del baile aún me preocupaba, sabía que ese hombre estaba libre por ahí ¡acechándome!»

En ese instante una alarma sonó marcando las siete de la mañana, el amanecer rompía las tinieblas con áureas oleadas de ondas solares vistas de lejos en el horizonte, al igual que espectros, ambas figuras parecían desvanecerse a medida que la luz irrumpía lentamente en el recinto. Muchos se asustaron, sin embargo, las amables palabras usadas por Duncan que aparecía de improviso frente a la entrada dispuesto a salir por ella, relajaron el ambiente lo suficiente. Los que se quedaron reían nerviosamente, pues por un instante creyeron ser testigos de un evento sobrenatural sin sospechar que sus miedos no eran tan extraños como creían.



II

Al día siguiente, ya habiendo pasado el momento en que los trabajadores de la fábrica marchaban frente al parque, todo volvió a la rutina de siempre y solo como novedad se toparon con una parvada de cuervos volando cerca de la cima del cerro. Justo donde se hallaba la capilla que todos pretendían ignorar, la escena acostumbrada: el callado y misterioso Duncan aparecía al final de la senda portando su traje acostumbrado, sin embargo, ahora no traía su gabardina y, en vez de sentarse, caminó directo al local que siempre se hallaba abierto, allí pidió un café para llevar. «Algo extraño está por suceder», pensaron todos, pues solo cuando la rutina de este hombre cambiaba se suscitaban extraños sucesos: algunos no pasaban de ser lluvias, mientras que otros podían representar la muerte de alguien importante para la comunidad; tal fue el caso del año pasado en que encontraron al sacerdote de la iglesia muerto en su dormitorio, dormido bajo sus sabanas con un gesto que se hallaba entre la calma y la preocupación. Mientras mayor era el cambio en la extraña rutina, peor sería el tormento que soportaría la localidad, o al menos es así como muchos viejos supersticiosos lo veían.

En realidad, el misterioso Duncan tenía cierto control sobre el pueblo, a pesar de que nadie lo conocía más que de vista, nunca se lo toparon de mañana o siquiera sabían dónde residía; muy pocos hablaban con él, de no ser por un «hola» propio de los buenos modales. Una vez que le entregaron su encargo, como una sombra, se retiró con un andar impropio para la velocidad que manejaba, casi como un suspiro o un parpadeo dejó su sitio, solo se le llegó a ver internándose en el parque. Por un momento don Cornelio, dueño del lugar y uno de los hombres más viejos de la pequeña ciudad, estuvo a punto de levantarse de su mecedora para alcanzarlo, sin embargo, un segundo después, recuperó

la compostura y volvió a su estado de ánimo de siempre. Muchos lo cuestionaron, pero poco quiso decir, apenas lo notaban; no obstante, entrar en el parque a la hora del crepúsculo era algo que nadie hacía, un paradigma entre todos los del pueblo sin saber el porqué de esta extraña prohibición. Solo aquellos con más de 80 años parecían comprenderlo, como lo hacía don Nicanor, el excéntrico dueño de la taberna local que escondía amuletos por todas partes; doña Agnes, una anciana demente del asilo que siempre contaba disparates acerca de sombras que se movían por sí solas; Boris, mejor amigo del padre Byron, que murió el año pasado, un hombrecillo algo nervioso; y finalmente, don Cornelio, quien se mantenía impasible la mayor parte del tiempo en su mecedora, como si ya nada pudiera afectarle, con una gran sonrisa para todos. Limpió sus gafas mientras conversaba con la clientela, siempre feliz de cruzar palabras con tan simpático personaje. Después de ese revuelo ya nadie dijo nada, todos decidieron volver a sus actividades cotidianas, sin embargo, el ambiente se encontraba tenso, los pocos clientes que llegaron tarde preguntaron temerosos acerca del paradero de Duncan, pero la respuesta no los calmó en lo absoluto, y mientras algunos se retiraron con prisa llevando algún refrigerio, otros decidieron pasar la noche resguardados en ese sitio, confiando que ahí la fuerza oscura de la cual no querían hablar carecería del poder para alcanzarlos.

Como espíritu de viento, un caballero en fino traje antiguo caminaba entre árboles, rocas y suspiros de aves; a su paso todo parecía calmarse, cesando momentáneamente los ruidos propios del lugar como si un aire mortuorio invadiera los alrededores al traer desgracia consigo, no obstante, una vez que se alejaba, todo se recuperaba dejándolo como se hallaba antes, quedando su presencia olvidada. El parque estaba lleno de objetos de una época distante, piedras talladas que seguramente eran parte de construcciones destruidas por el tiempo, ¿qué cosas ocultarían esos parajes bajo la capa de hojas que cubría el suelo? Así, en su inusual andar tan rápido sin casi moverse, Duncan llegó a lo que seguramente había sido una plaza, pues viejas bancas de roca cubiertas de tierra, hierbas y musgo se mantenían de pie frente a una fuente bellamente tallada; en la cima una figura femenina sobresalía, un ídolo de piedra con un cántaro donde seguramente caía el agua, varios niños esculpidos se mantenían inertes en aparente juego, una imagen triste o perturbadora,

según quieran verlo. Una vez sentado, se dispuso a beber un poco de la mezcla de granos que, con un dulce aroma embriagante, invadió el lugar atrayendo la atención de animales curiosos, sin embargo, estos huyeron cuando del rincón más oscuro se vio a la misma figura con la que Duncan conversó la noche anterior, aunque esta vez se mostraba distinta, pues usaba una sombrilla a la cual habían cosidos largos lienzos de seda muy fina, pero visiblemente sucios, empolvados en extremo, los cuales llegaban hasta el suelo por lo que arrastraba hojas o tierra provocando con ello que algunos misterios brotaran del olvido: juguetes muy viejos, artículos clásicos como lentes, incluso huesos serían buenos ejemplos de ello. Ante la presencia de esta figura, Duncan solo se levantó, bebió un poco de café en una taza que estaba llenando mientras esperaba a su acompañante y luego, tras terminarse el contenido, lanzó el resto que llevaba en una botella a la fuente, rompiéndola en el instante.

«Muy dramático, ¿no crees? Dime si ya recordaste lo que pasó aquí, o necesitas que refresque tu memoria un poco más. Con gusto lo haré, al igual que los varios espíritus durmientes que despertarán por tan singular encuentro, ¡háganse presentes! Ya sabías que haría esto, ¿no? Ahora, levántense, por la ofrenda que acabo de dar, permítanos regresar a esa noche donde todo cambió, cuando las tinieblas se apoderaron con descaro de este pueblo».

Al igual que un maleficio, el bosque se enfrió misteriosamente y los minutos avanzaron como segundos, obligando al sol a ocultarse más rápido. Las sombras de diferentes espectros comenzaron a hacerse presentes, reviviendo a través de ilusiones de lo que alguna vez fueron; caminaban, o mejor dicho actuaban igual que en una obra de teatro. El charco de café se veía en la fuente que se llenaba con un líquido negro sin olor; una vez estuvo llena, los sonidos volvieron, formando una fuerte algarabía, pues se veía como si estuvieran atrapados en un tiempo diferente, a mitad de una celebración con puestos, música de fiesta, niños corriendo listos para curiosear entre la gente, parejas caminando de la mano.

«Un bello momento, esa noche me decidí a elegir entre Josefín y Carolan, no estaba seguro, pero no debía abusar de mi suerte, además ellas eran amigas, enamoradas del mismo hombre. Vaya giros de fortuna que había vivido, no muy diferentes a una hilarante comedia escrita; sin

embargo, tenía el deber de acabar con eso para callar las lenguas de serpiente que me rodeaban, pues se volvían cada vez más mordaces en sus críticas. Cierto, debo poner de mi parte para el show».

En ese momento, el hombre sacó una botellita de tinta que abrió tranquilamente, después sopló en un largo suspiro que sonó igual a la brisa nocturna y, finalmente, la arrojó para crear un espectro negro que se integró a los demás fantasmas, como si fuera uno más de ellos, no se detuvo ahí. Duncan sacó una segunda botella de tinta, color rojo vino, la cual también llenó de su aliento, pero la arrojó muy lejos, fuera de lo que fue alguna vez esa plaza.

«No tienes idea de lo que pasa, ¿verdad? —Respiró profundo—, en su momento verás lo que tengo preparado. El tiempo me ha vuelto muy artístico, he aprendido muchas cosas con los años, a pesar de todos tus engaños, ¿o me equivoco? Seguirás sin decirme nada, ¡qué mal hábito has ganado!, sería mucho más fácil para ambos si habláramos, ¡de esa forma arreglaríamos las cosas entre tú y yo!»

Tras esas palabras el silencio, que si bien duró un momento que pareció eterno, fue interrumpido por una risa procedente del dueño de la sombrilla. Una risa que no pertenecía a este mundo, tétrica ¡no!, demasiado siniestra, helaría la sangre de cualquiera incauto que estuviera presente.

«Te has vuelto muy desagradable con estos años, seguro te estancaste en tu vanidad, ese pobre orgullo tuyo debe estar hecho pedazos por el terrible paso de las consecuencias de tus actos irrazonables a través de la senda del tiempo. Pero no hablemos más de ello, ahora revivamos el pasado para que los espíritus puedan descansar en paz».

Y así como dijo Duncan, los fantasmas regresaron para mostrar aquella época sencilla, el espectro de tinta se movía igual a ellos siguiendo su propio camino, resaltando gracias a su color, mostrando cómo se desplazaba de un lado a otro y llegaba a sitios inexistentes haciendo las gracias de un mimo, dando la impresión de leer el periódico. Luego era saludado por un alma errante que se iba tranquilamente, momentos después se topaba con una que no parecía tener buena relación.

«Grace»

Tras una escena llegaba una tercera sombra del pasado que enfrentaba al primer amor, entre formas etéreas blancas, se vislumbraban dos

mujeres discutiendo, hasta que una terminó asestando una cachetada en la otra, obligándola a retirarse, amedrentada.

«Josefín siempre fue una mujer muy fuerte, capaz de enfrentar la adversidad sin asustarse. Mujeres como ella hay pocas».

Después, las dos sombras siguieron su camino, aferradas una a la otra. Se veían plácidamente abrazadas, como si todo alrededor fuera inexistente; se ubicaron en una banca y parecían hablar, pero entonces algo parecía ocurrir entre ambas siluetas; la mujer se quiso alejar, pero él no se lo permitió. Entre frases silentes llegaron a un entendimiento, luego se abrazaron para que ella se retirara caminando. Aquel hombre de tinta se situó nuevamente en la banca meditabundo, reflexivo en apariencia, parecía por segundos que hablaba consigo mismo, hasta que una nueva fémina nebulosa se presentó frente a él. Esta era visiblemente más pequeña, llegó entre sonrisas y gritos a jalarlo para llevarlo a una pista de baile improvisada donde una banda tocaba alegremente. Entre pasos y sonetos, parecía que ellos conversaban y al final fue él quien se alejaba dejándola a ella retirarse por su cuenta, visiblemente nerviosa.

«Estaba por tomar la decisión más importante de mi vida, así que debía ponerme serio: quería a ambas, pues eran tan importantes para mí... elegir a una significaba perder a la otra para siempre, por lo que se los tuve que hacer entender. Tras hablar con ellas y ver que había entendimiento de situación, me decidí a refrescarme, iría a la taberna cercana a tomar un trago, pero maldita fue mi suerte que se acabó estrepitosamente, formando un cuadro de lujuria y repulsión absoluta».

En ese momento, la fuente estalló en una nube de vapor, haciendo que los espectros se desvanecieran, o por lo menos la gran mayoría. Prevalcía el de tinta negra, el conjuro terminó llevándose consigo todos los rastros de la época invocada, solo quedaba el fantasma de tintura que comenzaba a ser acechado por una figura terrible que parecía estar formado por un líquido que evocaba a la sangre, como si se tratara de una bestia salvaje, lo arrinconaba. En apariencias se intuía que había diálogos entre ellos, manejando el negro, llegaron a seguir el mismo juego de actuación aparentando beber, luego caminaban juntos entre una conversación cuyas palabras quedaron en el vacío.

«¡Suficiente, no quiero ver más!»

Ambos espíritus de tinta se disolvieron hasta caer al suelo formando charcos, todo se quedó en calma. Duncan, en un ataque de rabia, tomó la roca más cercana para aventarla sin cuidado alguno, impactando contra la fuente y agrietando una estatua infantil. Era tanto su dolor que exhaló un rugido de ultratumba que resonó en todo el parque, y aún más lejos; su semblante había cambiado a un aspecto infernal, sus ojos parecían inyectarse en sangre, los colmillos alargados como una bestia, facciones que denotaban furia asesina. Después se esforzó por recobrar la calma, retomando su encantadora forma original.

«No importa cuánto tiempo pase, el dolor no se calma. Saber lo que has perdido sin siquiera desearlo, peor aún. La herida que se origina al saber que alguien más interfirió de manera déspota e intencionalmente, con alevosía y ventaja, no hace más que formar una amargura indomable, pues verás, esa noche, tras hablar con ambas encantadoras damas, me dirigí a beber un poco. Con un par de copas pretendía ver a dónde me llevaban, esperando alcanzar a mi verdadero amor, pues dice un dicho de otras tierras que “los niños y borrachos nunca mienten”. Estaba por averiguarlo, tratando de salir de mi predicamento, o es lo que deseaba hacer, hasta que un encuentro maldito con cierta figura que conocí en la fiesta de graduación, se presentó intempestivamente; me cortó el paso haciendo uso de sus artimañas, no entendía cómo conseguía afectar cada pensamiento que tenía, pero al final, igual que viejos amigos, marchamos a la taberna y tomamos hasta perder el equilibrio. Una noche de copas como nunca la experimenté, después de ese día el miedo me invadió, sabía lo que pasaba, así que acudí a la iglesia, pero no supieron darme respuesta alentadora, de hecho, en mis preocupaciones había olvidado hablar con Josefín y Carolan, quienes no tardaron en buscarme. Yo, torpemente, me alejé de ellas pensando protegerlas de alguna forma, pues bien, te lo diré claramente, esa noche descubrí que un vampiro me deseaba, cruel destino, y en su particular forma de burlarse, declaró: “entregarme unos días antes de arrastrarme a la oscuridad eterna, por más búsqueda hecha no hubo nada que pudiera hacer para escapar de tan desdichado destino”».

Un silencio inundó el lugar, ambas figuras parecían estarse midiendo como si se prepararan para batirse en duelo, sin embargo, antes de comenzar el encuentro, Duncan rompió la tensión con una nueva maldición.

«Por todos los demonios del infierno, esa noche carcome mi alma, el tiempo no es capaz de sanar el dolor de esta herida, la cual aún derrama gruesas gotas de agonía, pues tal vez lo ignores, pero una noche como cualquiera mi maldición acabaría conmigo. Me hallaba escondido en una vieja granja, abandonada por los dueños desde hace varios días. Estaba armado con una antigua escopeta esperando que él llegara, nunca imaginé la naturaleza de su ataque, algo que no puedo soportar es la forma con la que solía llamarlo, ¡obsequio de despedida! Sin duda se burla con cinismo enfermizo pues, esperando el anocheecer, vi mi última puesta de sol, muy asustado, deseando ver un nuevo amanecer. Llevaba conmigo una botella de vino barato cuando escuché el primer ruido, alerté mis sentidos para la contienda; enorme fue mi sorpresa, casi se me para el corazón al ver quien era... Josefín, lucía algo desarreglada, su vestido hecho un desastre, podía oler su perfume perdido con el sudor que se marcaba en su piel. Me dedicó una mirada desconocida, por lo cual no podría describirla; sentí un deseo carnal en ella que me sorprendió, sin decir nada, solo se acercó fundiéndose conmigo en un beso pasional. Algo extraño pasaba con ella, pero no me importaba, pues ese contacto me hizo sentir llegar al cielo, estaba perdido en el éxtasis.

Los impulsos más bajos se apoderaron de mí, al punto que olvidé la terrible visita próxima a llegar; nuestros cuerpos se fueron uniendo a medida que nos despojábamos de las vestimentas, sentir ese calor es en parte una de las razones por las que su recuerdo prevalece. Nos fuimos perdiendo uno en el otro, formando total armonía mientras se mezclaban los alientos, era tal el éxtasis reinante que no supe cuándo un par de manos extra se nos unió, un nuevo sabor de erotismo se presentaba con pasión natural. Sus caricias me adentraron a un nivel de lujuria extremo, creo que desconoces a lo que me refiero, ¿será por amnesia o algo más? Te hace falta serenidad, tu ira es perceptible para mí, a pesar de los intentos que haces por ocultarte bajo esas telas inútiles, creo que te imaginas a lo que me refería, en pleno contacto sexual se nos integraba alguien. Afortunadamente no se trataba de aquel bastardo, ladrón de vida, quien me arrastró a las sombras, sino una bella mujercita cuyo recuerdo final parte los pocos fragmentos de mi corazón, ya lo dedujiste, ¿no? Carolan se unía al deleite en un arranque erótico, donde práctica-

mente se arrancó el vestido dejando ver su apetecible figura; atrapado en esas sublimes sensaciones, mis sentidos apenas podían comprender algo que no fuera el gozo de aquella prisión sexual.

El placer era absoluto, tan poderoso que, mientras lo experimentaba, mi carcelero esperaba a que terminara mi faena, apenas pude advertirlo entre caricias y gemidos. Estaba sentado plácidamente viéndome, ¿cuándo llegó?, no tenía idea, pero me di cuenta de que esa situación tan anormal era por su causa, ¿cómo podía soltarme? Ambas estaban atrapadas en su influjo hipnótico, el cual también me afectaba, pues una parte de mí se deleitaba con sus cuerpos solo cubiertos por nuestro sudor. Traté de usar toda mi fuerza de voluntad, tomé el arma que tenía lista y disparé acertando en su cuerpo, seguramente alcanzándole el corazón. Este no se inmuto ni por un segundo, calmadamente caminó alrededor abriendo una puerta, la oscuridad también reinaba ahí, pero sacó una lámpara que, al comenzar a iluminar, dejó ver los restos de lo que parecía una familia, ¿los antiguos dueños?, ¡por la gracia suprema! Todo este tiempo jugó conmigo, maldición, ¿qué podía hacer para salvarme junto a Josefín y Carolan? Esto era una locura; se burló de mi humanidad mientras que su estado le convertía en un ser superior, cuán frágil es la vida, me lo enseñó por las malas, pues en ese momento soltó su lámpara de vidrio y la dejó caer al suelo por lo que se rompió al instante dejando el aceite libre. Se produjo un incendio y, entre las llamas, quedamos atrapados los tres. Él se acercó igual a un depredador a su presa, mientras llevaba a cabo un poco de flirteo con una uña que parecía garra. Cortó su lengua dándole la apariencia de las víboras; momentos después —te imaginarás lo ocurrido, pues abundan los relatos acerca de ello—, su tacto era helado a pesar de estar rodeado de fuego. Una vez que terminó, la infección se fue apoderando de mí, ese maldito desapareció sin dejar rastro, mientras mis amantes intentaban reanimarme para seguir con nuestra diversión, indiferentes al incendio que nos rodeaba».

El silencio se volvió, la figura encapotada se acercó a Duncan con movimientos siniestros, parecía dispuesta a empezar un ataque, sin embargo, un aura terrible envolvió al joven que nuevamente rugió mientras se desmoronaba en el suelo. Su aspecto regresó al de una aberración infernal, todos los alrededores retumbaron ante su furia obligando

al extraño a retirarse rápido, a pesar de no mover su cuerpo en lo absoluto, mientras tanto aquel vampiro se mantenía arrodillado en el suelo y quedó así hasta que el sol comenzó a dominar el cielo con su luz. No fue hasta que se empezó a quemar un poco cuando su conciencia volvió a su lugar permitiéndole moverse, así cubierto entre los mantos que permitían las copas de los árboles se escabulló hasta perderse en el anonimato de diversas sombras, sabiendo que aún tenía que recordar muchas heridas antiguas antes que terminara su narración.

